

La virgen

Lupita Arciga



# Capítulo 1

## LA VIRGEN

Los cascos de los caballos, rompen con el profundo silencio de aquella avanzada noche. Una fría niebla lo envuelve todo. El caserío ante el contingente de jinetes, luce desolado. Nada se mueve dentro o fuera de las oscuras casuchas. Siguen al paso, con los cuerpos encorvados por el peso del cansancio. Al atravesar la mayor parte de la aldea, distinguen al fondo, la casa que corona la colina que domina toda el área. Hay una sola luz que parece temblar en las tinieblas: los esperan.

Los caballos se inquietan un poco. La luna se abre paso a través de la densa nubosidad en el cielo; deja al descubierto un cuerpo colgado en la horca. Hay algunos cuchicheos entre los jinetes: ¿Quién es? ¿Por qué lo ahorcarían? ¿Qué haría el estúpido? El líder se acerca lo suficiente para identificarlo. Luego, con indiferencia continúa adelante, con los otros siguiéndolo. Ninguno se atrasa y llegan juntos a la casona del amo. La puerta entreabierta los alerta. Salen a relucir espadas y dagas afiladas. Se adentran con sigilo. La sala oscura, vacía. Ni un solo ruido. Los ojos inyectados en sangre escudriñan las sombras, pero nada ni nadie se oculta en ellas. Se encaminan al único sitio iluminado. El sentir el agradable calor que expele la chimenea encendida, relaja los ánimos de todos. En una silla de respaldo alto, cubierto por una frazada, un hombre de aspecto demacrado dormita con inquietud.

—¿Dent? —uno de los hombres se atreve hablar y el líder lo conmina al silencio con gesto molesto.

El sujeto en el sillón se espabila y mira a los recién llegados. Bajo la manta que lo cubre saca sus manos: una armada con una enorme daga y la otra con una fusta.

—Al fin llegan —tose con cierta fatiga.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué luce enfermo?

—Goutó intentó envenenarme.

Todos se miran. Goutó era el criado del amo y el tipo en la horca.

—El imbécil creyó que podía conmigo —sonríe con cansancio—. Pero era el peor de los asesinos.

—Se delató —asegura con la cabeza baja.

—¡No dejaba de temblar y sudaba como negro! Me vació el vino encima. Lo sospeché de inmediato, aunque ya había consumido algo de veneno en la sopa. Lo... confronté. Él lo aceptó y... los cuervos dan cuenta de él desde hace un par de días.

Dent consiente con un movimiento de cabeza. El amo le señala una jarra con agua en una mesita cercana. El recién llegado va y sirve un vaso, entregándoselo. Él bebe como si no lo hiciera en semanas. Los labios pálidos ni siquiera se humedecen. Sus ojos pequeños, vidriosos, lo miran entonces con ansiedad.

—¿La trajiste? —inquire.

El peregrino mueve la cabeza afirmativamente. Mira a sus hombres. Sacude su larga mata de cabello sucio con aire brusco y desde el fondo, se abre paso uno de los tipos, arrastrando consigo a un encapuchado, atado de sus manos. Al tenerlo en frente, Dent le arranca la cubierta y el amo ve a una mujer joven, de rostro sucio, ojos como la noche y labios provocativos. Una expresión de repulsión decolora aún más aquel rostro de barba gris.

—¿Qué es esto? —espeta.

—Lo que ordenó, amo. ¡La hija del leñador!

—¿Qué edad tienes, muchacha?

—Veintidós —responde, escupiendo a un lado.

—Y... ¿eres virgen?

Al oír aquello, los hombres fuera del cálido círculo ríen divertidos.

—¡A callar, brutos! Tú, muchacha... contesta.

—¿Virgen? —la malicia ilumina el redondo rostro— Y eso, ¿qué es, señor?

—¡Partida de inútiles! ¿La desvirgaron?

—Eh...

—¡Lo hicieron, imbéciles!

—¡Ya otros lo habían hecho! —encara Dent con el ceño fruncido— Ella

lo quiso...

—¡Imbéciles! —comienza a golpear con la fusta— ¡Apártenla de mi vista! ¡Largo...!

La sacan de la pieza. Dent hace de sus brazos escudo para aguantar los azotes. El amo se tumba en su sillón, fatigado.

—Esa no es —jadea sudoroso.

—El leñador no tenía otra hija.

—¡Pues esa no es! La que yo vi... no llegaba a los diez y ocho. Iba por el bosque siguiendo a un cerdo que buscaba trufas.

—Pues de los leñadores de Tredell, era el único que tenía una hija.

—Repite el nombre del lugar —lo mira con ojos encendidos.

—Tredell.

—¿Tredell, estúpido?

—Sí. Usted dijo...

—¡Jamás mencioné Tredell!

—Sí, amo...

—¡No! —le cruza el rostro con el fuste— ¡Yo dije Kredell, no Tredell!

—Eh...

—¡Estúpido! ¡Buenos para nada! ¡Vuelvan ahora mismo a Kredell y traigan a la chiquilla indicada! ¡Menor de diez y ocho! ¡¡Virgen!!

## Capítulo 2

En medio de un cruce de caminos, Dent y sus hombres dejan a la muchacha equivocada, sola y a su suerte. Ella les lanza con piedras y maldiciones, mientras se pierden dentro de una nube de polvo.

Kredell, Tredell, Bredell. ¿Quién había sido el maldito que inventara tal juego de palabras? A Dent le duele el verdugón en la cara. Sabe que no ha de desaparecer en unos días. Sus hombres cabalgan a un par de metros de él: no es momento siquiera de un roce en su hombro. Van al paso, sin prisa alguna, con el deseo interno que el veneno que le diera Goutó al amo hubiese enraizado en su sangre y terminara matándolo.

No, Dent lo duda. Fustiga su montura para ir al galope. Kredell queda más lejos que Tredell. Lo mejor es terminar el trabajo cuanto antes.

Llegan al lugar un poco antes del anochecer. Sus hombres directamente a la taberna, en busca de qué beber y mujeres. Por su parte, él deja su caballo, para dar un recorrido por el lugar. El cielo escupe algunas gotas frías que pronto llenan de lodo sus pasos. Compra algo de comida, pregunta por los leñadores de Kredell. ¿Son muchos? ¿No? ¿Cuántos? ¿Quiénes son? ¿Dónde puede encontrarlos para hacer trato con ellos? Cuando se reúne con el resto en la taberna, sabe todo lo que necesita saber.

La tormenta revienta a la media noche. Él descansa junto al cuerpo desnudo de una prostituta. No duerme. No puede. Goutó se revela ante él, decidido a matar a su amo. No soporta su presencia, su hedor, sus pasos por la casa. Dent le asegura que no lo logrará. El amo es un zorro astuto y Goutó no es un asesino. Ni siquiera es capaz de matar a un ganso. Mueve la cabeza negativamente y en el muro vacío de aquel cuartucho, ve su cuerpo en la horca, meciéndose sin más preocupaciones ni problemas.

A primera hora, con la niebla enfriándoles las espaldas, salen en busca de la hija del leñador. Hablan poco entre ellos. Cada cual sabe exactamente lo que debe hacer. No hay necesidad de que nadie se los recuerde. Llevan juntos muchos años. Basta con mirarse para saber lo que pasa entre ellos o a uno en específico.

Continúan detrás de Dent. Goutó era su primo. Él lo había llevado a la casa del amo para que lo sirviera. Sin embargo, su carácter nervioso lo había traicionado. Ni él ni nadie imaginaron sucedería aquello. Que huiría, sí. Pero jamás que se atrevería a matarlo. Imbécil. Estúpido. Ninguno de ellos se movía de su lugar mientras el amo narraba lo sucedido. Pasaban tantas cosas por sus mentes: ¿Y si imagina que Dent y nosotros lo planeamos? Cada uno, por su parte, se veía con una soga al cuello,

haciendo compañía a Goutó. También imaginaban a Dent cortarle el cuello al amo de una vez por todas. Pero no pasó. Nadie dijo nada. Nadie parpadeó siquiera esa noche.

Continúan su camino sumidos en el silencio. A media mañana una persistente llovizna cae sobre ellos. Es el mejor pretexto para pedir posada ante la casa de uno de los leñadores. Se guarecen en el pajar y espían con cautela a la familia. No hay mujeres entre sus habitantes, sólo una vieja que apenas puede con sus huesos.

Los otros dos leñadores tienen mujer, pero no hijas.

La noche los sorprende al adentrarse en el bosque. Un refugio de cazadores es buen sitio para descansar, pero los lobos no se los permiten. Pasan la noche ahuyentándolos e impidiendo ser presa para ellos.

Comienzan los reclamos: si Dent hubiese prestado la debida atención al amo. Pero, ¿quién lo hizo en realidad? Apenas menciona a una virgen, todos deciden arrancarle la ropa para que deje de serlo. Dent por su parte, divagaba en la ocurrencia de su primo: matar al amo.

## Capítulo 3

El golpe del hacha es claro y rítmico en el ambiente. Una mujer tiende ropa, mientras tras ella una chiquilla de quince o diez y seis años la sigue con canasta y pinzas en mano. Los hombres agazapados entre el follaje no despegan las miradas lascivas de la muchacha. Un cerdo con manchas negras, blancas y doradas husmea entre el lodo circundante.

Dent ordena retirarse lo suficiente: La han encontrado. Sólo tienen que esperar el momento oportuno. Ese llega después de mediodía, cuando han comido y suelen hacer la siesta. Derriban con violencia la puerta principal de la humilde cabaña. Madre e hija remiendan ante el fogón, mientras el leñador dormita en una vieja mecedora, con una pipa entre sus manos. Salta en el asiento y al ver a los hombres saca una daga de entre sus ropas. No tiene tiempo de asirla correctamente en su mano. La flecha escapada de aquella ballesta le atraviesa el pecho con limpieza. El hombre cae de rodillas y luego de bruces, con ojos abiertos.

Las mujeres gritan horrorizadas. La madre escuda a la hija, llevándola a un rincón, pero Dent y los suyos se abalanzan contra ambas. La madre forcejea con rabia. Entierra sus uñas en rostros y pechos; muerde como fiera manos, brazos. La chiquilla se cuela entre los asesinos, logrando salir de la cabaña. Corre asustada por el bosque. Se vuelve un segundo solo para ver a un horrible tipejo saltar sobre ella, derribándola en la húmeda hierba. Sus gritos hacen eco en el silencio del bosque. Dos, tres más les dan alcance. “La virgen”, resuena en sus cabezas. “¡La virgen!”. Desgarran su blusa como lobos hambrientos, pero entonces llega Dent para apartarlos a puntapiés, como a perros peleando un hueso. ¿Quieren mujer? Allí está la madre. Todos corren en desbandada hacia la cabaña. “¡No!”, la chiquilla grita, pero el hombre la somete, volviéndola al suelo. Todos sus esfuerzos por escapar son inútiles y termina cediendo cuando Dent le da un puñetazo en la cara. Se hace ovillo llorando, mientras el hombre le ata las manos. Permanecen allí tendidos hasta que uno de sus hombres lo busca para decirle que han terminado.

—¡Vamos! —arrastra consigo a la chiquilla.

Atrás dejan la cabaña envuelta en llamas, con el leñador y su mujer dentro. Lily, que es el nombre de la chiquilla, llora desconsolada. Sin entender por qué ha sucedido aquello. Su padre no tenía deudas con el amo de la comarca. Jamás bebía ni peleaba con desconocidos. Hacía bien su trabajo; cuidaba de ellas. Su madre, cierto era que tenía desavenencias con otras lavanderas, porque ella sí era limpia y puntual con las amas con las que trabajaba; pero jamás pasaban de miradas de envidia o alguna trompetilla o insulto a su paso. Tal vez ella cometiera algún error. Pero

cuál. Por más que lo busca no lo encuentra.

—Toma —Dent le acerca una miga de pan y ella la rechaza.

Por la noche, la ata a una rama de árbol para que no intente huir. Mira a los hombres: encienden fogatas, arreglan sus frazadas para dormir, pero parecen animales en brama. Él mismo sostiene una lucha interna de la que duda poder salir airoso. Siempre hay la posibilidad de mentirle al amo. “No hay tal hija del leñador”. “Se mudaron y nadie sabe a dónde”. ¡Y la mejor de todas! “No es más virgen, se casó con un vecino”. Pero eso despertaría la ira del amo y de ninguna manera quería sufrirla. Todo su cuerpo es un testimonio vivo de ella. Se obliga a recordar castigos recibidos para superar la tentación.

El sueño lo vence. En ellos ve al leñador y su mujer. Ambos caminan a su alrededor. Lanzas ramas secas y teas encendidas a su cuerpo y él se saca la flecha del pecho para herirlo una y otra vez con ella. Despierta extremadamente dolido. Sorprende a los hombres acallando los gritos de Lily; cortan sus ataduras para llevarla lejos de él y desvirgarla como a la madre. Dent pelea con ellos. Las armas salen a relucir, pero no son pieza para el que se considera el mejor espadachín. Caen dos heridos de muerte; los demás levantan las manos en rendición, no quieren terminar igual. ¿Y la chiquilla? No está con ellos. Sale corriendo en su busca. No muy lejos, aullidos de lobos. “No de nuevo”, aprieta los dientes.

—¡Lily, para! —va tras ella.

La chiquilla no lo atiende. Sólo quiere escapar. De pronto es derribada por un lobo. Dent cae a su vez sobre él y pelea con el animal. Lily ve horrorizada la cruenta lucha, de la que el hombre sale victorioso al usar su daga. Vuelven al campamento: ella con algunos rasguños, él con varias heridas sangrantes.

—No más descansos —espeta con rabia montando con él a la muchacha.

Dejan a los muertos tirados en el camino y avanzan bajo el amparo de la luna.

## Capítulo 4

Totalmente repuesto y vigoroso, el amo presencia se llegada desde el portal de la casa. Dent avanza con Lily por delante, dejándola al alcance de sus manos. Con plena satisfacción el hombre mira a la chiquilla. Nota la cicatriz en el pómulos izquierdo y el moretón casi desvanecido en su piel. Nota también las heridas que sanan en Dent y que faltan algunos de sus hombres.

—¿Percances en el trayecto? —es irónico.

Sonríe y entra con Lily a la casa. Los demás quedan afuera. Todos piensan lo mismo, pero cuando un chiquillo sale corriendo de la casa como ardilla acosada, las ideas se les revuelven. No tardan verlo en regresar de la aldea. Todos y más Dent se sienten intrigados. ¿Qué es lo que pretende el amo?

Con sumo cuidado, el hombre termina de cortar las ataduras de Lily y soba con delicadeza las marcas dejadas por la apretada cuerda. Las besa sonriente y acaricia con aire casi tierno la herida en la mejilla.

—Te vi por el bosque en mi última salida por los rumbos de Kredell —le confía—. Fuiste como una revelación. Tan diáfana y pura bajo los rayos del sol. En ese momento supe que eras tú y no otra. Tú...

Ve entrar a las mujeres y se pone de pie.

—Que se dé un baño —la entrega a ellas—. Vístanla con las ropas que hay en el baúl y pónganla hermosa.

Las mujeres asienten, dejándola con ellas. La desnudan. Le lavan el cuerpo, los cabellos castaños. Lily no sabe cómo reaccionar. Se siente tan cansada que piensa que todo bien puede tratarse de un largo y confuso sueño. Cuando despierte y se lo cuente a sus padres van a reprenderla. Porque seguramente se ha ido a vagabundear por el bosque en compañía del cerdo y ha comido, hasta hartarse, bayas azules. Pero, ¿cómo no hacerlo si son tan dulces, jugosas y pintan de azul la lengua? Su cerdo las come y si él puede, ella también. Porque "Pigpig" no comería algo que le hiciera daño. Está segura.

Cuando está lista, las mujeres la presentan al amo con acento de satisfacción. Sonrientes terminan de arreglar sus cabellos que brillan con sedosidad; la falda de su vestido, las limpias zapatillas que jamás han sido usadas. Los ojos del hombre resplandecen con aire de codicia. Despide a las mujeres y éstas, al abandonar la casa sienten pena por la chiquilla.

Soportar a un hombre como él es una tortura.

En las caballerizas, Dent quiere concentrarse en almohazar a su caballo, pero no puede. Se siente demasiado atraído hacia la casa grande y lo que sucede en ella. Lo que sucede entre el amo y Lily. Es tan joven, tan frágil; tan sensible. Patea lejos de sí con coraje el cubo de agua conque acicala a su caballo. Éste se mueve inquieto ante su reacción. En el otro extremo, sus hombres ríen imaginando, todo a detalle de lo que el amo hace con la "virgen". Dent no quiere seguir ahí. Monta al pelo su caballo y va en busca de una taberna para embriagarse y obtener los placeres de una mujer. Que le arranque del pensamiento a la jovencita, perdida bajo el peso del amo.

Un tazón de aromática sopa caliente. Lily siente como su boca se inunda en saliva ante el delicioso aroma del caldo. Luego, el amo le acerca una hogaza de pan recién horneada. "Mamá", solloza para sus adentros y acepta la invitación del hombre a comer. Termina hasta con la más pequeña miga. Luego, un agradable sopor la embriaga. Es como una pluma entre los fuertes brazos que la llevan escalera arriba, hasta una alcoba sumida en la penumbra. La deja delicadamente en el lecho y aparta de su rostro el cabello fuera de lugar. Va al balcón, abriéndolo para que la brisa fresca de la noche entre. Abajo, descubre a todos los hombres apiñados a la puerta de su barraca; miran con atención a su balcón. No le sorprende. Vuelve adentro. Se quita la chaqueta, los zapatos y se acomoda en la poltrona al pie de la cama, para velar el sueño de la chiquilla.

## Capítulo 5

De un puntapié, el amo derriba de su camastro a Dent. Éste se levanta con sobresalto, furioso y puñal en mano. Al ver al amo se controla. Esquiva su mirada de fuego.

—Reúne a tus hombres —ordena—. Salimos ya.

—¿Salir? ¿A dónde?

—A Kula. Con el dragón.

—Con... pero...

—¡Muévete ya!

—Sí, sí... —recoge trastabillante su ropa y calzado.

Ante el espejo de cuerpo completo, las mujeres terminan de arreglar a Lily. La chiquilla luce adormilada, aturdida; sin saber siquiera dónde está. Pregunta por sus padres. Por la ropa limpia que debe llevar a X o Y ama. Por su cerdo "Pigpig" para ir en busca de trufas. Su madre las cocina como nadie. Hace un año ganó un concurso en la aldea con la receta de la abuela. Planean hacer pasteles, quesos y ayudar así a su padre, para que no se vaya por tanto tiempo al bosque, en busca de leña. Les arranca algunas lágrimas a las mujeres. Su inocencia las conmueve.

Cuando el amo aparece, todas salen, como mariposas negras huyendo de la luz. El amo va junto a Lily, la sujeta de los finos hombros para hablarle desde el espejo.

—Todo está listo para el viaje —sus pálidos labios se alargan en una sonrisa forzada.

—¿Qué viaje? —ella sigue en su ensueño.

—Hacia Kula. ¿Has oído hablar de Kula? ¿La antigua ciudad de los hombres y mujeres que dominaban los cuatro elementos?

Niega con la cabeza. Quiere salir e ir a ver en los corrales a sus gallinas; recoger los huevos, darles de comer. Luego ordeñar a la vaca. Su leche es tan exquisita y su madre prepara con ella los más ricos quesos. ¿Dijo ya que harán quesos para vender? El amo alucina con los esplendorosos palacios, bosques mágicos, guerreros invencibles y ella sólo

quiere a sus puercos, sus pollos y gansos.

Dejan la casa. Fuera, Dent con sus hombres a caballo, esperan.

—La chiquilla va contigo —la deja a su alcance.

El hombre sin salir de su turbación la sujeta de la cintura, levantándola.

—¿Qué le ha hecho? —inquieta ante su docilidad.

—Continúa bajo los efectos del narcótico que le di anoche.

¿Narcótico? ¿Para qué? Cabalgan la mayor parte del día y descansan en mesones por el camino. A Kula, con el dragón. Todos comprenden entonces lo imperioso de la virginidad de la chiquilla; el amo la ofrecerá en sacrificio. Ninguno de ellos ha estado jamás en Kula y mucho menos ante el dragón. Han oído hablar de él, eso sí y mucho. Que es la bestia más horrible sobre la tierra; que devora vivas a las doncellas que le ofrecen. Que la gruta en la que tiene su nido esconde muchos y fabulosos tesoros, que rey alguno sobre la tierra, no igualaría jamás. Tantas cosas: testimonios, leyendas que oídas en boca de otros no pasan de ser simples cuentos de la gente. Pero ante las ruinas de Kula todo cambia.

De los grandes palacios y las impresionantes arenas, no quedan más que ruinas. Las majestuosas estatuas de los grandes guerreros de antaño, yacen en pedazos por la metrópolis.

Caravanas llegadas del desierto acampan en la antigua ciudad. Muchos niños y mujeres le salen al paso, mendigando lo que sea. El amo los aleja a punta de fuetazos, sin hacer caso de la mirada de desprecio de la adolescente.

Se instalan a la vera del arroyo del dragón. Dent y sus hombres no duermen. El amo imagina pueden ser atacados por los miserables de las caravanas. Mantiene a buen resguardo a Lily, como una joya invaluable que le ha de prodigar un tesoro mayor.

La luna que corona la montaña en la que está la gruta, señala el sitio exacto. El amo siente que no debe descansar y subir ya al lugar que muchos consideran santo. Junto a la fogata, tendida en su frazada, Lily duerme profundamente. Ignorante de su suerte.

El dragón. Dent piensa en él mientras escudriña la noche. Ha oído de muchos que concede todos los deseos de la gente. Le cuesta creerlo. ¿Una doncella es suficiente? Si así fuera, ¿no tendría que haber filas interminables para ello? Un frío interno le rasga las entrañas. ¿Con qué

van a encontrarse realmente allá arriba?

## Capítulo 6

Para los caballos es imposible subir por aquella montaña. Siguen, en una cuerda humana, el sendero marcado por siglos que lleva directamente a la gruta. Rocas, como dientes afilados de dragón se levantan a su paso. Los hombres los revisan con curiosidad. ¿Ya estaban ahí o alguien los puso? ¿Cómo? Parecen tallados a mano, o al menos es lo que ellos imaginan después de encontrar algunos grabados en un idioma desconocido.

El sol sobre sus cabezas es como brasa viva. Después de medio día sin poder llegar al sitio preciso, Lily flaquea. Dent la toma en sus brazos para que descanse.

Entre hierba seca, los hombres encuentran algunos restos de viajeros y viendo joyas entre sus huesos, pelean por obtenerlos. “La codicia pudre el alma, Lily cree escuchar la voz de su padre, “y con el alma podrida, no eres útil para nadie”. Cansada, apoya la cabeza en el hombro de su captor.

La fatiga los obliga a detenerse. El clima en aquella área es extremo. El calor los obliga a despojarse de abrigo y chaquetas. Dent no pierde de vista al amo. Luce agotado. Sus ropas lo sofocan; el calzado debe quemarle los pies. Se prende al odre con agua como bebé recién nacido al pecho de su madre. Suda copiosamente, como un maldito negro, diría en sus propias palabras. Si caía a medio trayecto, ¿qué debía hacer? Tomar a Lily y largarse de ahí lo más lejos posible. Sin el amo de por medio, ningún otro merecía a la chiquilla. Aunque, sus hombres podrían convertirse en óbice insalvable y en sus condiciones actuales, tal vez no pudiera con todos.

La ve entre sus brazos. Es justo la mujer que le hace falta en su vida. Que por fin lo haga sentar cabeza, levantar las paredes de su hogar; que le rinda obediencia ciega y le de todos los hijos que desee para perpetuar su sangre.

Sin embargo, el amo no cae. Sus ansias escondidas lo levantan, lo impulsan a continuar y seguir adelante. Su vasallo tensa la mandíbula, clava los dedos en el cuerpo de Lily, lastimándola. Sus lamentos encienden los ojos del amo.

—¡Bájala ya! —ordena— ¡Que camine!

Apenas liberarla lo encara y lo sujeta con rabia de sus ropas.

—No vuelvas a tocarla —exige.

—Yo no...

—¡No la toques! —da con su dorso en los resecos labios.

Él consiente. Aprieta los puños. ¿Qué le pasa? ¿Cómo es posible que no pueda derribarlo y destrozarle el rostro con sus puños? Ve como atenaza a la chiquilla y siguen subiendo.

La noche los sorprende en lo alto. Entonces el frío los cala como si reposaran sobre bloques de hielo. Dent cede su chaqueta a Lily y aunque el frío lo trinca, no lo demuestra, ni al amo ni a sus hombres, que se hacen uno entre ellos. Fantasean con discreción. Se ríen. ¿Tendrán oportunidad de hacer al dragón también un deseo? ¿Deberían llevar una virgen cada cuál? Un imposible, conociéndose. Se ríen, pero conforme avanza la noche cualquier risa se apaga. Desde su sitio de vigilancia, Dent ve al amo y a Lily despertar; pero entre sus hombres, uno permanece enroscado en su lugar, sin que nada logre despertarlo. Ha muerto durante la madrugada. Al revisarlo, descubre la herida en el pecho. Tampoco lleva encima las joyas que ganara de los restos en el camino.

—Yo no he sido —se justifican todos.

—Ni yo.

Se miran con desconfianza y protegen su parte del botín. Dent escupe a sus pies sin decir nada.

Continúan el ascenso. Conforme avanzan el cambio es notable; hay arbustos, árboles frondosos cuajados de frutos; cantos de pájaros, mariposas que salen a su encuentro. Lily quiere jugar con ellas, pero el amo la reprende.

—Estúpida, esto no es un día de campo.

Al oír correr agua los hombres se adelantan con desesperación. Caen de rodillas ante el manantial y la ligera cortina de agua que lo llena de manera limpia, pura. Lily desea también saciar su sed, pero el amo no se lo permite. Invita a Dent a seguirlo, arrastrando consigo a la muchacha. Ella alarga una mano hacia la pequeña cascada, pero ni siquiera la punta de sus dedos logra tocarla. Pasan bajo una arcada de piedra, tupida por una verde enredadera y ven caer más cascadas cristalinas.

—Agua, por favor —tiende una mano.

—Después...

Contiene el resto de sus palabras al ver la boca oscura de la gruta. Ven

las baldosas pulidas, los grilletes afianzados a ellas.

—Encadénala —la lanza contra Dent.

—No, ¿por qué? —se resiste ella.

—¡Hazlo pronto!

El hombre obedece sin titubear. Como siempre lo ha hecho desde que tiene memoria.

—¡No! —Lily forcejea con sus cadenas.

Entonces, desde el fondo de la gruta escapa un vaho cálido que invita a retroceder a los hombres. La chiquilla, los mira confusa y luego mira a la oscura boca de aquella cueva abierta en la montaña.

—¡Ah! —grita cuando unos ojos rojos relampaguean en el fondo.

—El dragón —el amo espeta fascinado.

Éste emerge de la gruta, con su gran cabeza ornada con filosas puntas, cuerpo enorme, como una impresionante serpiente escamosa y se desliza rápidamente por el muro de roca, que se levanta a un lado, pasando tras las cortinas de agua. Se enrosca en la arcada con agilidad, reconociendo a cada uno de los que se han presentado en el sitio. Termina ante la atemorizada Lily, que impresionada ante la bestia no logra evitar orinarse. Los hombres de Dent rompen en hilarantes carcajadas, señalando a la chiquilla con mofa. El dragón va a ellos con presteza y yergue el cuerpo muy por encima de ellos, aplacando las risas.

## Capítulo 7

Los mira con los ojos encendidos y un gesto por demás furioso.

—¡Qué has hecho, estúpida! —los gritos del amo atraen su atención.

Vuelve la testa a él. Ve como sacude el rostro de la chiquilla con un par de bofetadas y clavando sus dedos en sus hombros la violenta enfurecido. Enreda en su fuerte cola a los hombres para encarar al amo.

—Te suplico perdones ésta abominable falta de respeto, ¡oh, gran dragón! Sólo... es una niña estúpida. Pero virgen, sin duda alguna.

El dragón se balancea sobre su alargado y escamoso cuerpo. Mira a los hombres sujetos, que chillan cual cerdos en matadero. Se desliza por toda el área embaldosada, para luego lanzar al vacío a todos.

—¡No! —grita sorprendido Dent.

La bestia va a él y lo encara. Él no puede levantar cabeza. Se postra tembloroso, implorando por su vida.

—¡Seré tu esclavo para siempre! Piedad.

—Cobarde —el amo escupe a un lado.

El dragón vuelve ante él. Mira a Lily que sangra de su boca y solloza asustada, avergonzada; humillada.

—¡Oh, gran dragón! Toma ésta virgen y concédeme lo que anhelo.

“¿Qué anhelas? —inquiere la bestia— ¿Poder o riquezas?

—Riquezas ya las tengo. Poseo tantos señoríos que sólo me falta coronarme rey.

“Entonces... anhelas poder.

—Todo el poder —aprieta los dientes y los puños, recalcándolo.

“¿Con qué fines?

—¿Qué? Es una pregunta estúpida. Dicho esto, con sumo respeto, por supuesto. Si uno tiene poder es para someter a todos, ¿no?

“Sometimiento.

—Sí.

“¿Esclavitud?

—Resulta inevitable.

“Voluntad inapelable.

—¡Oh, sí! ¡Sí!

“Debes pasar una sencilla prueba.

—Pero... pensé que era suficiente una doncella.

“Sí. Todos dicen lo mismo.

—¿Una prueba sencilla?

“Insignificante.

—Claro. ¿Por qué no? Habla, ¡oh, gran dragón!

“Sólo giraré a tu alrededor. No te muevas.

El amo consiente. La bestia se desliza a su alrededor, en interminables espirales que se suceden más y más velozmente. Sus escamas se abren, rasgando al hombre.

—¡No! ¡Espera! ¡Para! ¡¡Para...!!

“No... te... muevas. Lily –la mira–, cierra los ojos.

Ella obedece, mientras él cierra lentamente los anillos, desgarrando más al hombre que grita horrorizado. Dent observa azorado cómo lo despedaza y lo hace nada en un momento. Lo ve ir hacia él y esconde el rostro contra sus manos, contra el suelo en el que quisiera poder sumergirse y ocultarse a su vista; pero el dragón solo se desliza ante las cortinas de agua para lavarse.

Vuelve con Lily. Roza sus cadenas y éstas caen abiertas. Se mueve en torno a ella, sin perderla de vista. Luego, se arrastra al interior de su gruta. Dent siente es el momento oportuno para huir. Corre con decisión, pero antes de llegar a la arcada, el dragón emerge del manantial y lo encara molesto.

“¿Acaso te marchabas? –inquire.

Él niega con la cabeza, retrocediendo mientras la bestia avanza.

“Si huyes terminarás como los otros.

—No. Perdón. Soy tu siervo. Tu esclavo... lo que dispongas.

“Silencio.

El hombre tropieza con las baldosas y cae a los pies de Lily.

—Dile que no te he lastimado –suplica.

“Calla –conmina de nuevo el dragón y oculta el rostro temeroso.

La chiquilla no puede moverse de su lugar. Un frío interno la estremece. Las pupilas de sus ojos verdes reflejan la grotesca cabeza del dragón, quien deja ante ella un baúl con ropa y zapatillas limpias. La invita a asearse; cambiar sus ropas. Señala la cortina de agua que cae a un costado.

—Obedece. No seas tonta –conmina Dent.

El dragón le muestra sus filosas fauces y de nuevo se hace pequeño en su lugar. La tupida enredadera oculta a Lily. Cuando sale con sus cabellos sueltos, su vestido a los tobillos y sus adolescentes pies con sus cómodas zapatillas, el hombre se estremece de deseo.

“Acércate –invita el dragón—. No temas.

Lily va ante él. Lo mira levantando la cabeza.

“Dime... ¿qué prefieres? ¿Riqueza o poder?

—Quiero ir a casa. Con mis padres. Mis animalitos de corral... y “Pigpig”.

“Tu mascota –consiente—. Un cerdo.

—Sí. ¿Cómo puedes saberlo?

“El, junto con tu hogar y tus padres ya no existen, Lily.

—No quiero otra cosa –llora—. O sí.

“Qué.

—Morir como ellos.

—No, Lily —espeta Dent con los dientes apretados.

“Tu Sino marca una larga vida.

—¿Para qué la quiero si estoy sola?

“Lo descubrirás en el trayecto.

Se retuerce en su propio eje. Luego va por toda el área; reptando, incluso en el aire.

“Como eres muy joven, necesitas un protector —el dragón retoma la palabra.

Dent nota que lo mira y se yergue en su sitio. Su valor regresa; lo levanta. Saca el pecho. Endereza hombros y cabeza. Su mirada destella. Jura hacerse digno de ese honor, pero el dragón sabe a la perfección lo que invade su pensamiento y cada una de las fibras de su cuerpo.

## Capítulo 8

“Sí –consiente–. Eres el indicado sin duda.

—Con mi vida misma la protegeré.

“Sólo cuando las cosas se vuelvan incontrolables. Mientras, deleitarás su vida como esa mascota perdida.

—¿Qué?

“Serás un cerdo –golpea su cola contra el suelo y el polvo que levanta, cae sobre Dent en destellos dorados, transformándolo.

—¡No!

—“Pigpig” –sonríe Lily al ver que es el mismo–. Gracias.

“Tu gratitud es tan sincera que te concedo también riqueza y poder.

Su cola sacude de nuevo el suelo. Ésta vez el polvo dorado forma una nubecilla que envuelve por completo a Lily.

“Con sólo quererlo, los bolsillos vacíos que toques se llenarán según lo dispongas. Serás luz para muchos y sombra para otros. Te perseguirán. Te llamarán agitadora, enemiga de reinos, pero no estarás sola. Jamás.

—Pero yo no quiero eso.

“Tu Sino se ha sellado. No hay marcha atrás.

—¡Sólo tengo quince años!

“Vuelve por donde llegaste –repta hacia la gruta–. La gente del circo será tu nueva familia. Son hábiles espías. Algunos más sinvergüenzas que otros, pero al final gente buena.

—Pero...

“Ve. No tengas miedo.

Se pierde en la oscura boca.

—Vamos, “Pigpig” –echa a andar y el cerdo tras ella.

Desciende sin mayores contratiempos y en el camino se encuentra con

la caravana circense.

—¡So! —el conductor jala las riendas al verla sola.

—¿Qué pasa, muchachita? —su compañera la mira desde su asiento—  
¿Estás perdida?

—Eso creo, señora.

—¿Hacia dónde vas? —inquieta el hombre y alarga la mirada al  
desolado camino.

—No lo sé.

La pareja se mira. Consultan discretamente entre ellos. En el  
carromato, Lily nota rostros oscuros que atisban por las ventanillas.  
Escucha risas, música y algunos cantos tras el resto de los vehículos:  
cuatro, según advierte.

—Si quieres —habla la mujer—, puedes viajar con nosotros.

—“Pigpig” viene conmigo —levanta al cerdo.

—¡Claro! No estorba —la ayuda a subir—. Y si lo hace, siempre hay una  
manera de resolver el problema.

—Arno —le llama la atención su mujer cuando relame sus labios y  
bigote.

—Sólo bromeo —ríe divertido.

—¿Cómo te llamas, chiquilla?

—Lily.

—Yo soy Narda.

—¡Por qué hacen tanto alboroto! —se asoma tras la cortina un  
muchacho sumamente molesto.

Mas al ver a Lily todo su desagrado desaparece. Ambos se miran. Ella  
le sonríe con timidez. Él, no puede dejar de mirarla.

